

## Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón

Milán, 21 enero 2015

*Texto de referencia: L. Giussani, Por qué la Iglesia, Encuentro, Madrid 2014, pp. 23-29.*

Zamba de mi esperanza

My song is love unknown

Liberazione n. 2

Gloria

Empezamos nuestro trabajo sobre el nuevo texto de Escuela de comunidad, *Por qué la Iglesia*. Desde la primera página del primer capítulo emerge con claridad la preocupación de don Giussani, que parece adecuarse perfectamente a lo que hemos estado diciendo hasta ahora, porque estamos en un momento del recorrido histórico en el que vemos suceder lo que hemos llamado, con palabras de Benedicto XVI, el derrumbamiento de las evidencias: lo que hace no mucho tiempo era evidente para todos, reconocido por todos, ahora se ha derrumbado. El intento de la Ilustración de que las evidencias que nacieron con el cristianismo pudiesen durar siempre dejando a un lado el propio cristianismo, irremediablemente ha fracasado. Es sorprendente que don Giussani tuviese esta preocupación desde hace ya tiempo sobre las evidencias: no basta que se dé un hecho para que se reconozca. De hecho, el punto de partida del capítulo es el reconocimiento de un hecho: «La Iglesia no solo es expresión de vida, algo que nace de la vida, sino que *es* una vida». Reconoce enseguida que sobre este hecho puede haber opiniones diferentes. No le resulta extraño, y afirma: «Quien quiera comprobar la veracidad de su opinión sobre la Iglesia [quien quiera verificar si su propia opinión es verdad o no] ha de tener presente que para comprender realmente una vida [esta es la preocupación, que se pueda entender que la Iglesia es una vida] se necesita convivir con ella adecuadamente». Sabe perfectamente que no es lo mismo afirmar que existe una vida y que esta vida se entienda, porque entre la evidencia de la realidad y la comprensión de la realidad siempre hay un camino que recorrer. Por eso dice, de nuevo: «Una *conditio sine qua non* para comprender la vida es la *convivencia* con ella» (p. 23). Es decir, don Giussani es muy consciente de que el hombre necesita algo para entender, para comprender lo que tiene delante. Su objetivo educativo es que cada uno pueda llegar a un juicio crítico objetivo. No quiere instrumentalizarnos, no quiere comernos el coco, sino que cada uno pueda llegar a un juicio crítico objetivo. ¿De qué punto parte para ayudarnos a entender? Del menos discutible de todos: incluso entre los que pueden cuestionar a la Iglesia, todos estarían de acuerdo en aceptar que la Iglesia es «un fenómeno religioso». No se para en los detalles, simplemente parte de lo que todos pueden reconocer más fácilmente. ¿Cómo puede uno conocer este fenómeno religioso? Don Giussani apela al criterio de conocimiento general: «El hombre [...] solo descubre

[reconoce] aquello que de algún modo está en conexión con algo previamente *presente* en él». Este es el instrumento que tenemos para conocer todo. Pone el ejemplo de Dante o de Shakespeare –pero podemos decirlo también de una película, de una novela o de un poema, del diálogo con un amigo, es lo mismo–: nosotros podemos entrar en relación con algo, podemos entrar en sintonía con lo que se nos dice, si lo que se dice se conecta con algo que ya está presente de alguna forma en nosotros. Entonces, si la Iglesia es un fenómeno religioso, una realidad religiosa, solo si el aspecto religioso está activado en nosotros se podrá entender el fenómeno que es. Sin embargo, si no está activado o se ha bloqueado en un momento dado de la evolución de la persona, «será más difícil que pueda juzgar objetiva y críticamente ese hecho religioso», es decir, reconocerlo. Sintéticamente dice: «Para que se produzca la comprensión tiene que haber correspondencia» (p. 24). A nosotros nos parece que ya sabemos estas cosas, y aun así no es lo que nos preocupa de forma más inmediata. Sin embargo, para don Giussani es tan crucial que dice que muchas de las dificultades que nos encontramos después a lo largo del camino tienen su origen precisamente aquí: la dificultad para afrontar una realidad de tipo religioso está en la ausencia de la educación del sentido religioso. Sin la educación del sentido religioso es imposible que podamos entrar en sintonía con ese fenómeno, y por eso sentimos «lejanas», dice, «realidades que están, sin embargo, enraizadas en nuestra carne y nuestro espíritu». Por eso, como tenemos que trabajar el *Por qué la Iglesia* durante por lo menos un año o dos, no debemos perder de vista esta invitación de don Giussani, siempre y cuando queramos tener esta inteligencia de la realidad, no una inteligencia reductiva y abstracta, porque lo que hay que comprender es una vida, no un libro. ¡Es necesario comprender una vida! Y por si no estuviera claro, subraya que «la primera dificultad para tratar de la Iglesia es una dificultad de inteligencia», es decir, es un problema de conocimiento. Si alguien, independientemente de la relación con la Escuela de comunidad, nos hubiera preguntado: «En tu opinión, ¿cuál es la dificultad más grande a la hora de entender la Iglesia?», ¿quién habría respondido que la dificultad tiene que ver con la inteligencia? Lo mismo que le pasa a alguien que no hace Escuela de comunidad nos pasa a nosotros. Esta dificultad está «causada por un estado anquilosado del sentido religioso» (p. 25). Y dice –atención, Giussani es tan consciente del recorrido humano que cada uno de nosotros tiene que recorrer que nos proporciona todos los instrumentos– que la primera dificultad no es ética (es decir, no tiene que ver con las dificultades que tenemos en la vida, no tiene que ver con los escándalos que pueden suceder en la Iglesia); no, no, no: es un problema de inteligencia. Pero para nosotros esto casi no cuenta, y por eso vuelve a insistir: «Los errores más graves en cualquier trayectoria del hombre siempre tienen su origen en la raíz de la cuestión». Y, ¿cuál es para él la raíz de la cuestión? Que falta la educación en el sentido religioso, porque solamente un sentido religioso educado puede ser «un fermento insustituible para que progrese razonablemente» nuestra capacidad de conocer. Por el contrario, un sentido religioso que no esté educado «es una trampa a cada paso del camino». Por eso muchas veces nos encontramos esta “trampa” y nos distraemos con otras cosas sin entender que el origen del engaño está justo aquí. Como consecuencia, ¿qué hace don Giussani? «Al llegar a la última etapa de nuestro Curso

básico», al *Por qué la Iglesia*, vuelve al punto de partida, es decir, el primer capítulo de *El sentido religioso*, donde se dice cuál es el criterio de juicio: la experiencia elemental, el sentido religioso, con el que podemos juzgar el fenómeno de la Iglesia. De este modo, teniendo esta educación, podemos sorprender en nosotros esa correspondencia que nos permite entender el porqué. «Tal correspondencia –insisto [como si pensase en cada uno de nosotros, que somos un poco reticentes a la hora de reconocer el alcance del problema]– se manifiesta dentro de un sentido religioso vivo, y por consiguiente solo se fomenta mediante una educación permanente de ese sentido religioso» (p. 27). Por eso, haciendo el trabajo de la Escuela de comunidad, por las preguntas que me han llegado se puede ver que habéis ido inmediatamente al meollo de la cuestión: ¿cómo educar el sentido religioso?

*La pregunta es precisamente esta. Visto que la ausencia de educación del sentido religioso natural nos lleva fácilmente a sentir esta realidad como algo lejano, ¿cómo se educa el sentido religioso? Porque muchas veces doy por descontado tanto la sensibilidad de este sentido religioso (porque pienso que ya estoy listo, que soy capaz) como el hecho de que la Iglesia es la respuesta a este sentido religioso.*

¿Tienes alguna hipótesis –después de llevar años estudiando el sentido religioso, luego la pretensión cristiana, y ahora la Iglesia–, tienes alguna sugerencia?

*Seguir al movimiento.*

Gracias.

*¿Cómo se puede educar constantemente este sentido religioso dentro de la propia vida? Me he dado cuenta de que no quiero vivir de un significado que haya decidido yo de forma inconsciente, que inevitablemente está presente pero que después se revela que no está a la altura. No quiero que me tomen el pelo porque durante el día he vivido con una conciencia poco viva de mi deseo de significado. Me gustaría que fuese siempre consciente en mi carne, porque después de un día en el que no he tenido este sentido religioso despierto se apodera de mí la melancolía, la siento muy viva en mí. Pero en realidad esto me sirve de guía, y hace que las primeras páginas del texto que estamos leyendo sean imprescindibles, alentadoras y muy prometedoras.*

Y por lo que has dicho, amiga, solo por lo que has dicho, ¿cómo eres educada en el sentido religioso dentro de tu vida? ¡Por lo que has dicho! ¿Has dicho algo que tenga que ver con el sentido religioso?

*Es decir...*

Cuando la melancolía se apodera de ti, ¿esto es el sentido religioso o no?

*Sí.*

La vida... Puedes pasar el día como quieras, pero desde dentro de la propia vida surge, por la noche, una melancolía que se apodera de ti. ¿De dónde nace el sentido religioso? Como muy bien has dicho, de la vida. Pero si no nos damos cuenta de esto seguiremos haciéndonos la pregunta: ¿cómo se educa constantemente mi sentido religioso? Sencillamente reconociendo lo que surge en ti. El sentido religioso no es una lección teórica. El sentido religioso es una experiencia. De entre todas las demás cosas, es esta experiencia de melancolía que se apodera de ti y que emerge de tu vida. Cuanto más la

reconoces, más partes de ahí. ¿Entiendes? Esta es la cuestión. ¿Qué es el sentido religioso? Para decirlo en dos palabras –a partir del capítulo cinco de *El sentido religioso*–, ¿qué es el sentido religioso? Leo: «El sentido religioso se sitúa, pues, dentro de la realidad de nuestro “yo” al nivel de estas preguntas: coincide con el compromiso radical de nuestro “yo” con la vida que se manifiesta en estas preguntas» (*El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, p. 61). Bastaría con darse cuenta de esto: educarme en el sentido religioso es este compromiso con mi propia vida. Te lo encuentras por la noche o durante el día, a través del cansancio, a través de la nostalgia, a través de la soledad, a través de las preguntas que la vida te suscita. El sentido religioso coincide con esto. No hace falta nada extraño, ¡simplemente vivir intensamente la realidad! Este compromiso de nuestro “yo” con la vida es lo que tenemos que afrontar. Demos un paso más: ¿cómo se despiertan estas preguntas? ¿Te acuerdas de cómo se despiertan las preguntas del sentido religioso? ¿Esta pregunta te recuerda a algún capítulo del libro? *Sí, en el encuentro con la realidad.*

En el encuentro con la realidad. Capítulo décimo de *El sentido religioso*: «Cómo se despiertan...». Como puedes ver, es imposible que la realidad no te despierte preguntas. Las preguntas se despiertan en el impacto con la realidad, los hechos que suceden tienen la potencia para despertar preguntas, aunque estemos dormidos. Uno puede estar distraído, pero por la noche no puede evitar sentir toda esa nostalgia. Y no es que no haya habido recientemente hechos que hayan hecho salir a la luz las preguntas de forma más clara. Los hechos más recientes, como los de París, ¿tienen algo que ver con el despertar de este nivel de la experiencia humana? Bastaría con que fuésemos conscientes del impacto que estos hechos han provocado en cada uno de nosotros. «Cada vez que suceden estas cosas que sacuden al mundo entero», escribe una persona, «percibo siempre una desproporción respecto al camino que estoy recorriendo [es imposible que no se despierten las preguntas, un tipo de pregunta a la cual no le basta una respuesta como la que a veces buscamos]. A veces pienso que el problema es que no estoy muy informada sobre los hechos [como si la naturaleza de la pregunta la pudiese calmar solo con una información más precisa sobre los hechos]. Y puede que también entre nosotros en la comunidad no nos ayudemos y no nos provoquemos a tener una mirada que se abra al todo. En vez de eso, nos limitamos a hacer introspecciones psicológicas muchas veces estériles [y ahí surge sin embargo el deseo de tomarse en serio la pregunta última]. Los hechos de París han sido cruciales para entender si toda la experiencia que hago se derrumba delante de un hecho así o me permite estar en pie». Muchas veces, delante de estos desafíos buscamos a alguien que nos ayude inmediatamente. Estamos tan perdidos y desconcertados que enseguida nos agobiamos buscando una respuesta. Pero esto documenta cómo un hecho tan impactante genera un tipo de pregunta que necesita de una respuesta.

*A mí me ha sucedido lo que has dicho antes, es decir, no es evidente que me interese por lo que sucede. Pero cuando vi que todos mis amigos estaban impactados empecé a informarme, y me encontré un poco perdida delante de todas estas cosas. Enseguida recurrí a ellos para que me ayudaran, que me ayudaran con lo que decía el Papa, busqué en internet si tú o alguien más había dicho algo al respecto, porque me daba*

*cuenta de que era una cosa importante, no quería que pasase sin más. Pero me di cuenta de que faltaba algo, porque fui a un encuentro con algunos chavales que habían hecho un trabajo sobre los cristianos perseguidos en Oriente Medio y allí me pregunté: ellos mueren por Cristo, y yo aquí, ¿qué hago con mi vida? Volvió a nacer en mí la pregunta: ¿quién es para mí Cristo, si para ellos es tan concreto? Y lo que faltaba, lo que había pasado por alto, era mi primera reacción: que me había sentido provocada y enseguida había buscado a alguien que me tranquilizase.*

¿Y cuál es la diferencia que ves entre tú, que en el primer impacto te ves provocada, y lo que has escuchado de los cristianos perseguidos? ¿Qué tienen ellos que tú no tienes, o qué te falta a ti que ellos sí tienen?

*A mí muchas veces me falta...*

Porque tú oyes hablar de una violencia lejana, pero ellos la sufren en su propia piel. ¿Dónde está la diferencia?

*Yo muchas veces vivo mi vida sintiendo que Cristo es algo alejado de mi persona. Sin embargo para ellos no es así.*

Y sin embargo tú has conocido a Cristo, lo tienes delante, lo has encontrado.

*Sí, lo he encontrado, pero...*

Pues eso. No tenemos que tener miedo de decir estas cosas (como has hecho tú escribiéndomelo y diciéndolo ahora delante de todos), porque esto forma parte del camino. Esta es exactamente nuestra dificultad. Lo dice Giussani: no basta con «saberlo» para entender el alcance de lo que hemos encontrado.

*Sí.*

¿Y entonces?

*De hecho me sorprendió que al final del encuentro una doctora iraquí que vive allí preguntó: «Pero, en vuestra opinión, ¿por qué ellos hacen estas cosas?». Y uno de nosotros respondió: «Porque creen que es muy razonable». Y ella respondió: «Bueno, más que por el hecho de que sea razonable, es porque ellos se sienten completamente fascinados por la persona de Cristo».*

¡Y por eso son razonables!

*Sí, pero yo no daría la vida por una idea razonable.*

¿La fe es razonable o no? Hay personas que delante de hechos tan impactantes que suceden en sus vidas tienen una certeza que les consiente estar delante de ellos. Nosotros muchas veces no. Dice otra carta: «Delante de los hechos sucedidos en París, la consternación por lo que había sucedido hizo que también me sintiera como perdido a la hora de intentar entenderlo y juzgarlo. Recopilar noticias de los medios de información y discutir con los amigos y los compañeros ha alimentado esta confusión.

En el fondo, más concreta que todas las interpretaciones es la reacción de miedo que me hace mirar lo que sucede como una terrible amenaza. Por eso fui a ver en la *Vida de don Giussani* cómo había reaccionado él a los atentados del 11 de septiembre de 2001. Me sorprendió sobretodo cómo subrayaba la gravedad. Yo también estaba consternada, pero mi percepción es más superficial [no es que uno se encuentre delante de un hecho y el otro delante de otro hecho, no, todos nos encontramos delante del mismo hecho, pero uno es capaz de acogerlo y el otro se queda en la superficie], mientras que don Giussani afirma que todo es signo, que la última palabra de la realidad es que esta es positiva, que la misericordia de Dios es la palabra más grande [¿cómo pueden ir juntas las dos cosas?]. Si no entiendo las razones por las que habla de la positividad de la realidad, puedo incluso hacer honor a lo que dice, pero no se convertirá en un juicio mío [esta es la cuestión: yo puedo repetir el juicio que me da otro, pero no será mío si no hago la experiencia que ha hecho él], seguirá siendo más concreto el miedo». Puedo repetir un juicio que otra persona hace, pero el miedo permanece, porque el miedo se vence con una experiencia, como diremos más adelante. «Entonces me cuestioné sobre mis propios miedos. No quiero que los hombres mueran, no quiero que mis amigos mueran, no quiero que suframos, no quiero que nuestra contradictoria civilización se vea vencida. Y me doy cuenta de que en el fondo está gritando esta implicación final, esta aspiración inextirpable a que la vida pueda cumplirse. Las palabras de don Giussani hacen resonar a través de mis miedos esta última implicación. Así me aclaran también las palabras del segundo capítulo de *Por qué la Iglesia*, “era una realidad objetiva que educaba la subjetividad del hombre” (p. 42). Es una presencia histórica que influye en mí haciendo que emerja lo que soy, quién soy de verdad, de modo que pueda por fin atravesar los análisis y las reacciones de las que hablabas en el artículo de Navidad en el *Corriere della Sera*, citando a don Giussani: «Nos hallamos verdaderamente en condiciones de ser [...] los primeros de ese cambio profundo, de esa revolución profunda que nunca consistirá –repito: nunca– en lo que pretendemos que suceda como algo exterior, como realidad social»; de hecho, «no se dará nunca en la cultura o en la vida de la sociedad, si antes [...] no se da en nosotros, [...] si no empieza entre nosotros [...] una revolución de nosotros mismos, en el modo de concebirnos [...] sin prejuicios, sin poner primero algo a salvo» («Esa aparente fragilidad que sigue interrogándonos», *Corriere della Sera*, 22 diciembre 2014, p. 33). De hecho, ¿qué es lo que ha despertado todas estas preguntas, toda esta inquietud, toda nuestra calma tranquila? Unos hechos. La vida está siempre llena de hechos –gracias a Dios no todos son tan dolorosos como este– que nos despiertan de un modo u otro todas las preguntas. Una persona me hace otra pregunta: «¿Por qué tiene que ser precisamente el cristianismo la respuesta a este problema, como dice la Escuela de comunidad?». Esta pregunta hay que dejarla abierta, porque lo que se nos propone durante todo el libro es precisamente verificar esto, si realmente Cristo es la respuesta a esta pregunta. El problema de la Iglesia es precisamente este: si yo puedo alcanzar la certeza objetiva de que el cristianismo responde verdaderamente al problema religioso. Es una hipótesis que tenemos que verificar. No puede responder otra persona por nosotros. Las respuestas que da don Giussani se pueden leer en el libro; pero en cuanto sucede algo, si el juicio no es tuyo, estarás perdido (como nos hemos sentido tantas veces durante estos días). Esta hipótesis

a verificar es exactamente el recorrido de *Por qué la Iglesia*, que no es un libro para aprendérselo de memoria y repetirlo, sino para vivir y verificar si las preguntas que la vida provoca, las preguntas del sentido religioso, encuentran una respuesta en lo que la Iglesia transmite y nos hace experimentar a través de su vida: Cristo, Cristo como respuesta al drama de la vida.

*He leído en internet un artículo sobre un fundamentalista que exhortaba a violar a las mujeres cristianas y a decapitar a los hombres cristianos, y me nació esta pregunta: ¿cómo puede permitir el Señor, cuando dice que nos ama (y pensaba solo en nosotros cristianos), que una persona así viva? ¿Por qué no lo elimina con un chasquido de dedos? ¿Por qué permite que hombres y mujeres inocentes tengan que ser objeto de una violencia tan inaudita solo porque pertenecen a una fe diferente?*

¿Veis cómo en el fondo nuestra reacción es exactamente igual a la de aquellos que criticamos? De la misma naturaleza que la que ha salido antes: una reacción dictada por la acción de otro. ¿Qué diferencia hay?

*Cuanto más me hacía estas preguntas e intentaba imaginarme el sufrimiento enorme de estas personas que cada día tienen que vivir con el miedo de ser objeto de violencia y asesinatos, más crecía en mí el escándalo por todo lo que está sucediendo. A lo largo del día seguí haciendo las cosas que hago siempre con esta pregunta que volvía constantemente y que no me dejaba tranquila. Por la tarde fui a misa y el sacerdote dijo comentando el Evangelio: «Mientras el Señor nos creaba a cada uno de nosotros tenía la mirada fija en Jesús». Cuando escuché esta afirmación volvió a surgir la pregunta que había llevado conmigo durante todo el día: pero, ¿cómo es posible que haya creado también a ese hombre mirando a Jesús, este tío que odia a Cristo tanto como para matar a quien le ama? Pero la homilía no terminó ahí. En un momento dado, el cura retomó las palabras del Evangelio que había leído: «Y el Verbo se ha hecho carne y ha venido a habitar en medio de nosotros». Durante la lectura del Evangelio había escuchado esta frase como algo ya sabido, y sin embargo, cuando la repitió en la homilía fue como una bofetada, de pronto me vino a la mente el día que encontré a Cristo por primera vez en mi vida. Y me di cuenta de esto: yo también era como ese hombre, odiaba todo lo que tuviera que ver con la fe, consideraba que era algo para débiles y me metía con todos los que tenían un credo, fuese el que fuese. Y me dije: «Cuando Cristo decidió inclinarse hacia ti eras todo lo contrario a alguien pío y bueno, estabas llena de mal hasta la médula, ¡ni siquiera eras una de los suyos porque no estabas bautizada! Pero esto no le impidió a Cristo venir a buscarte para amarte cada día de tu vida». Y esta constatación, además de revelarme la verdad de mi persona y liberarme del escándalo que me había acompañado durante el día, me hizo sentir piedad por este hombre, hasta el punto de pedir al Señor por él. Seguir odiándolo habría significado dejar fuera sobre todo a mí misma y toda la experiencia que he hecho hasta ahora de Cristo. Hasta ahora siempre me había parecido algo atrevido lo que Jesús les dice a sus discípulos: «Amad a vuestros enemigos». Pero desde hoy, que he hecho experiencia de esto, ya no podré decir que es imposible. Es verdad que lo que*

*gobierna mi corazón es el amor de Otro por mí, porque hacía tiempo que no era tan libre. Quiero agradecerte el trabajo de este año, tu continua insistencia a ir al fondo de nosotros mismos para poder estar delante de todos los desafíos de la vida. Me parece que lo que me ha sucedido es un ejemplo de esto: solo tomándome en serio lo que sucede en mí en el impacto que me provoca la realidad puedo llegar al corazón de estas cuestiones. Cualquier otro método me deja con suposiciones, a lo mejor buenas y justas, pero estériles.*

¿Entendéis? Podemos saber que el Verbo se ha hecho carne, pero lo que se impone es otra reacción. Hasta que uno se da cuenta de lo que ha recibido. Pero esto no lo habrías entendido en toda la densidad con la que lo has dicho ahora si no te hubieras visto provocada por una pregunta a través de la cual has podido interceptar la respuesta que se te estaba dando en la homilía del cura (si no, habrías escuchado la homilía como la solemos escuchar normalmente...). Para poder interceptar aunque sea una pizca de la verdad hace falta tener una pregunta, es decir, que tenga el sentido religioso despierto. Si no, de todo lo que se nos dice nos quedamos solo con palabras. ¡Porque no es que no se nos diga! Aunque solamente sea escuchar de forma repetida algunas frases del Evangelio es suficiente para entender la dimensión de la respuesta que es Cristo. El problema es que la mayoría de las veces, cuando falta la pregunta, no entendemos nada. Este es el origen de la cuestión, como dice don Giussani, ¿entendéis? No es culpa de unos o de otros, no; es que no somos capaces de entender la respuesta, y por lo tanto sentimos esa «repugnancia» de la que habla el libro, una repugnancia que hace que queramos escaparnos. ¿Qué puede vencer esta repugnancia?

*En la última Escuela de comunidad nos pusiste delante el hecho de que sin vivir el método que Giussani nos ha dejado nos será imposible entender la verdad y la pertinencia del hecho cristiano. Al iniciar este trabajo he visto esto. El lunes en la diaconía con los universitarios volví a ver en ti esa fascinación inequívoca de la vida de la Iglesia, del acontecimiento de Cristo que vive ahora, porque hay un hombre que le acepta a partir de la comparación continua con su corazón. Delante de ti que nos machacabas diciendo: «¿Qué es la Navidad? ¿Qué tiene que ver la Navidad con lo que ha sucedido en Francia?», descansé por fin.*

¡Porque parecía que la Navidad no servía como respuesta a lo que había sucedido en Francia! Necesitábamos algo más. La Navidad, que acabamos de celebrar, no había dejado huella en nosotros para estar delante de los hechos de París. ¡Esto no se resuelve añadiendo otro cartel de Navidad! Tuve que insistir durante toda la diaconía para sacar a la luz el nexo. En medio del hecho de que nos sentíamos perdidos, ¿cuántos han percibido un nexo con la Navidad (que no tengo dudas de que todos hemos celebrado devotamente)?

*En la confusión total de las horas precedentes por fin mis oídos y mi corazón eran conducidos con una paciencia incansable hacia la verdad, como sacados de los escombros, y no con una respuesta, sino con una pregunta. ¿Qué es para ti el hecho cristiano? ¿Te interesa? ¿Por qué? Al escuchar esta pregunta volvía a ser yo misma,*



*con el dolor de la lejanía, pero a la vez inmensamente conmovida. He experimentado que la vida de la Iglesia, que se manifiesta en una carne que tengo delante, en primer lugar hace que vuelva a vivir el nivel que Giussani llama sentido religioso. Esto no es una constancia en mí, pero no tengo miedo porque el lugar que me lo devuelve existe. En la caritativa me sucede lo mismo. ¡Qué regalo tener un lugar que me devuelve la conciencia del destino del hombre! Me sorprendí muchísimo por cómo Giussani me describía paso a paso en este primer capítulo, sobre todo cuando habla de la repugnancia del hombre a que domine el sentido religioso. Es verdad que la herida del pecado original es esto, porque la ausencia de la pregunta es lo que impide que me deje amar por sus rasgos presentes en la realidad. Lo que me ha despertado ha sido encontrarme delante de ti el lunes, y me ha permitido volver a comprometerme con el sentido religioso, del mismo modo que con el chico con el que hago la caritativa. Por eso entiendo por qué Giussani habla de convivencia con la Iglesia; sin esta última mi corazón vuelve a estar cubierto de escombros. Ver que estás tú que disfrutas ya del hecho de Cristo, por el compromiso que tienes con tu corazón, hace respirar.*

Lo que me sorprende, pensando en esta repugnancia, es: ¿cómo la venció el hijo pródigo? Porque se fue de casa por esta repugnancia, porque sentía que le quedaba estrecho ese lugar que podía determinar la vida en todos sus factores. Lo que me sorprende es que lo que venció la repugnancia no fue luchar contra la repugnancia, la victoria no fue el resultado de un camino ascético. No dijo: «Total, ya he aprendido a mortificarme, ahora puedo volver a casa de mi padre». Esto no habría vencido la repugnancia. Habría vuelto un poco más adiestrado, pero con la misma repugnancia escondida. Lo que le permitió vencer la repugnancia hasta el punto de querer volver a casa es haber entendido su propio deseo. Y esto es sustancialmente lo que dice Giussani: nosotros sentimos esta repugnancia (podríamos sentirla en algunos momentos durante el trabajo, sobre este libro) porque hemos perdido la conciencia de nuestro drama y de nuestra necesidad. Y esta repugnancia no se vence luchando contra la repugnancia, sino dándonos cuenta de lo que somos, de cuál es nuestra necesidad. Porque cuando uno entiende en qué consiste su propio deseo –como el hijo pródigo–, ¡entonces ni siquiera se acuerda de la repugnancia! Por eso, lo que ha sucedido en París es, como todo lo que el Misterio hace suceder o permite que suceda, para nuestra maduración. Muchos han experimentado un sentimiento de impotencia. Y esto es lo primero que tenemos que mirar. ¿Cómo es posible que un hecho así haga que nos sintamos perdidos cuando hemos visto que para otros no es así? Esto dice mucho de la experiencia que cada uno de nosotros está haciendo. Aquí tenemos un hecho que nos incluye a todos, que todos hemos vivido. Y cada uno puede ver en sí mismo, objetivamente, cómo lo ha vivido, no necesita que nadie se lo diga. Es una prueba sencilla para nuestro propio camino, porque dice cuál es la naturaleza de la cuestión que suscita la impotencia o el sentirse perdidos. Normalmente pensamos que el sentirse perdidos lo provocan estos hechos, pero no es así. Los hechos no son la causa de que nos perdamos, ¡sino que son lo que pone en evidencia lo perdidos que estamos! Los hechos no son capaces de generar la fragilidad, sino que hacen ver quién es ya frágil o quién está perdido. Y entonces basta cualquier cosa para ponerlo en evidencia. Por eso

es importante vernos en acto, porque nuestro problema no es quedar bien aquí; nos interesa entender, nos interesa hacer un camino y juzgar el camino. Muchas personas se han sentido perdidas y muchas han intentado responder. Cada uno ha puesto en juego algún intento de respuesta: hay quien ha buscado más información, quien ha ido a la manifestación a París, quien ha comentado con los demás. Cada uno tiene que verificar si el intento que ha realizado le ha quitado el miedo y ha hecho que dejara de sentirse perdido. Aquí no hay historias que valgan, la vida no descuenta nada a nadie, ¡con o sin manifiesto del movimiento! Porque muchas veces el manifiesto lo usamos para cubrir nuestra desnudez: tenemos algo que repartir a los demás y no tenemos que pensarlo. Esto no quiere decir que no se harán más manifiestos, como sucede en tantas ocasiones. El problema ahora es que queremos observar nuestros intentos respecto al hecho de que nos sentimos perdidos. Que cada uno se mire a sí mismo y juzgue. En este sentido me ha impresionado un texto («Navidad: el misterio de la ternura de Dios», *Huellas*, n. 11/2005, pp. 1-2), que me ha acompañado durante el tiempo de Navidad, en el que don Giussani dice que nosotros buscamos nuestra consistencia en lo que hacemos o en lo que tenemos. Precisamente por esta inconsistencia nuestra muchas veces pensamos que tenemos que hacer algo, y buscamos la respuesta a nuestra inconsistencia en lo que queremos hacer. Entonces hacemos algo –y cada uno puede identificar lo que ha hecho–, pero esto no nos quita la inconsistencia. ¿Cuántas personas han vuelto a casa después de la manifestación en París con menos miedo y menos perdidos, independientemente del número de personas que hubiera en la plaza? Por eso don Giussani insiste: si nosotros buscamos nuestra consistencia «en lo que hacemos o en lo que tenemos [...] nuestra vida carece de ese sentimiento y de esa experiencia de plena certeza que indica la palabra “paz”, esa certeza y esa plenitud [...] sin las cuales no estamos en paz y, por tanto, tampoco experimentamos el gozo y la alegría. Como mucho nos complacemos en lo que hacemos o en nosotros mismos. Y estos residuos de complacencia en lo que somos o hacemos no aportan gozo alguno ni alegría, sentido de plenitud o certeza firme». Cuando no entendemos esto, seguimos proponiendo soluciones que son precisamente las que provocan que nos perdamos. Pero al mismo tiempo que hay personas que se sienten perdidas, hay otras que no lo están. ¿Por qué? No porque sean más intelectuales o estén más informados. Uno de nosotros decía hace poco en uno de nuestros encuentros: «Delante de los hechos de París, mi primer pensamiento fue la vida del movimiento». Antes de cualquier otra consideración, su pensamiento fue sobre la vida del movimiento, sobre lo que vivimos, porque lo que da consistencia es una vida que apasiona. ¿Por qué? Porque la certeza no está en lo que hacemos nosotros, sigue don Giussani, sino en «algo que nos ha sucedido. Nuestra identidad, la consistencia de nuestra persona, la certeza del tiempo coincide –literalmente “coincide”– con esto que nos ha sucedido». O mejor aún, dice don Giussani citando a Mounier: «*Uno* nos ha sucedido». Este es el juicio. No es el fruto de un análisis más profundo, porque, como dice Chesterton, el problema de los sabios no es que no entiendan la respuesta, sino que no entienden el problema, no entienden el enigma, y por eso no son capaces de interceptar la respuesta. Don Giussani insiste constantemente que sin una educación en el sentido religioso, sin entender el problema no podemos entender la respuesta, como decían algunas de las intervenciones de esta

noche. ¡Lo tenemos delante, hemos celebrado la Navidad! Pero no lo entendemos porque seguimos pensando que hace falta otra cosa, como si esta fuese una posición mística. Para responder a los hechos como los que han sucedido en París hace falta algo distinto... Por lo tanto, todo lo que hemos dicho en los Ejercicios de la Fraternidad (sobre todo en la primera lección), en la Jornada de apertura de curso, en el Página Uno de los *Huellas* de mayo y diciembre, en el artículo sobre la Navidad publicado en el *Corriere della Sera*, ¡es como si no existiera! ¡Luego decimos que el movimiento no da un juicio, que no tenemos un rostro cultural! Como decía en la última Escuela de comunidad, no basta con repetir un discurso. Al hijo pródigo no le bastaba haber nacido en una familia, tener un padre y una casa, para entender las dimensiones de lo que tenía delante, y tuvo que hacer todo el recorrido para descubrirlo. Y si nosotros no hacemos este recorrido, no lo descubriremos, seremos como el hermano que se queda en casa. No es que tengamos que irnos, no, podemos incluso quedarnos en el movimiento. Pero si no hacemos un recorrido seremos como el hermano que se queda en casa y que todavía no ha entendido. ¿De dónde esperamos que venga la salvación? ¿De una reacción? ¿De una explicación? ¿O de una vida que hemos encontrado que está hecha de todo lo que vivimos? Aquí nos encontramos de nuevo frente a la relación entre verdad y libertad del que hemos hablado tanto últimamente. No podemos acceder a la verdad de lo que vivimos si no es a través de la libertad, como demuestra el hijo pródigo. También nosotros, cristianos, podríamos responder con la misma lógica violenta que los terroristas, como hemos oído. ¿Cuántas veces pensamos que hace falta una reacción que esté “a la altura” porque, en el fondo, el designio de Dios es insuficiente para cambiar la realidad? ¿Quién habría creído, como decíamos en Navidad, que eligiendo a un hombre, Abrahán, Dios podría cambiar el mundo? Por lo tanto, nos encontramos delante de una elección. Es la elección delante de la cual se encontró el pueblo de Israel: Barrabás o Jesús. Barrabás no tanto como un malhechor, como pensamos a veces reduciendo su figura, sino como aquel que luchaba contra el opresor romano utilizando medios más contundentes, según él más eficaces. El método de Jesús se consideraba demasiado poco eficaz. Incluso Pedro, en el Huerto de los Olivos, pensaba como Barrabás. Tenemos que decidir. Ni siquiera a nosotros se nos ahorra ahora la elección entre Barrabás o Jesús, porque la tentación es pensar que Cristo es demasiado poco para nosotros. Sin embargo, cuando vivimos la vida que se nos ha dado y respondemos a las necesidades –hacemos caritativa, o acompañamos a los Bachilleres–, quien nos conoce, sea cual sea su origen religioso, encuentra algo que le lleva a decir (como decía un chico musulmán a uno de nuestros amigos): «No puedo no cambiar mi vida después de haber visto una cosa así». U otro que decía, con un gran sentido del humor: «Ahora soy más musulmán que antes, pero el problema del Islam es que no hay Bachilleres, no hay un lugar donde yo pueda ser cada vez más yo mismo». Esta socialidad, cuando sucede, es la vida de la que habla el primer capítulo, es la vida de la Iglesia. La vida que nos ha fascinado a nosotros y que puede fascinar a los demás. Nosotros, los cristianos de Europa, tenemos un problema: no tenemos que ir a buscar a los demás a sitios lejanos porque los tenemos en casa, de todas las religiones. El problema es qué es lo que ven cuando nos conocen.

La próxima Escuela de comunidad será el miércoles 25 de febrero a las 21:30 sobre el segundo capítulo de *Por qué la Iglesia*. Este capítulo plantea el tema de cómo alcanzar la certeza sobre Cristo. Don Giussani describe las tres posturas culturales con las que se puede afrontar esta pregunta. Nosotros podríamos reducir estas posturas culturales a una descripción de las etapas históricas de nuestra cultura, pero don Giussani insiste en que estas posturas culturales pueden ser nuestras ahora. Por eso la pregunta con la que os invito a afrontar este capítulo es: ¿dónde sorprendes estas posiciones en ti, sean del tipo que sean? No nos interesa saber si estamos o no a la altura, sino dónde descubrimos estas posiciones, para poder responder a la pregunta: ¿cómo alcanzar la certeza de Cristo? Porque es inevitable que sucumbamos a menudo a estas posturas, a una de ellas o a todas, en varios momentos de la vida. Por eso interceptarlas, darnos cuenta es lo que nos permitirá dar un paso.

**Vídeo y exposición por los diez años de la muerte de don Giussani.** Muchos amigos del movimiento, sobre todo los jóvenes y muchas personas que hemos conocido en este tiempo, no conocieron, ni vieron, ni escucharon nunca a don Giussani. Por eso habíamos pensado en un principio hacer una exposición que pudiese explicar en pocos paneles los rasgos fundamentales de don Giussani con imágenes y episodios significativos de su vida. Pero luego, pensando en la exposición, pensábamos: al ver la exposición, ¿quién no tendría ganas de escucharle hablar? ¿Quién no querría conocerle? ¡Cuánta gente, al leer la *Vida de don Giussani*, se ha quejado por no haber podido cruzarse con él en su vida! Fue entonces cuando se nos ocurrió hacer un vídeo con grabaciones de don Giussani para responder al deseo de conocerle que tienen muchas de las personas que hemos encontrado, que se interesaron por su vida en las presentaciones del libro o con el vídeo de los sesenta años («El camino hermoso»), que han suscitado curiosidad. En esta celebración del décimo aniversario de su muerte respondemos compartiendo con los demás lo que nosotros hemos recibido, la gracia que hemos tenido de conocerle.

El **vídeo**, que dura cincuenta minutos, saldrá a la venta el 22 de febrero con el *Corriere della Sera*.

La **exposición**, con el título *De mi vida a la vuestra*, se podrá descargar de forma gratuita en un formato imprimible desde la web de CL a partir del 26 de enero del 2015. Está al alcance de todos, y luego podréis ver cómo compartirla en vuestras comunidades, lugares de trabajo, etc. Por eso empezamos ya este décimo aniversario con esta tarea, para seguir compartiendo con todos lo que vivimos y que, como hemos visto, ha sido acogido más allá de todas nuestras expectativas. ¡Imaginaos lo que puede suceder si se encuentran con él, con su rostro y su voz!

**Fraternidad de Comunión y Liberación.** A todos aquellos que quieran inscribirse a la Fraternidad y participar en los Ejercicios espirituales, recuerdo que tienen que presentar la solicitud antes del 26 de enero.

**Audiencia 7 marzo.** Para participar en la audiencia con el Papa el 7 de marzo os recuerdo que es necesario inscribirse antes del 12 de febrero a través de la secretaría de cada comunidad. Entre los cantos que haremos en la audiencia os pido que aprendáis o

repaséis de forma particular el Himno de Cuaresma *Sempr ecantiam al rifiorir del giorno* que haremos allí en la plaza y el canto argentino que queremos cantarle al Papa, *Zamba de mi esperanza*.

Libro del mes de enero y febrero. En la página web de *Huellas* podéis encontrar un vídeo, con una entrevista a don Francesco Braschi, de la presentación del libro del mes: *La conversión al cristianismo durante los primeros siglos* de G. Bardy.

**Banco farmacéutico.** El sábado 14 de febrero tendrá lugar la 15ª Jornada Nacional de recogida del fármaco en más de tres mil cuatrocientas farmacias distribuidas en noventa y siete provincias.

*Veni Sancte Spiritus*